

EL MONJE - SACERDOTE

Un estudio de Dean Hoge nos revela que muchos sacerdotes recién ordenados (5 años aproximadamente) no quieren trabajar cercanamente con la gente y, mucho menos, involucrarse en sus vidas. Estos jóvenes sacerdotes basan su servicio pastoral en la mera administración de los sacramentos y la predicación. Lo anterior, según Hoge, en razón del exceso de trabajo al que se enfrentan una vez que dejan el seminario y llegan a la Parroquia.

Ante esto el Papa Francisco, en una reunión realizada en el Vaticano el pasado 7 de octubre de 2017, ha lanzado el siguiente interrogante: ¿Qué tipo de sacerdote quiero ser? En nuestro contexto ésta pregunta adquiere un cariz muy particular, ya que la identidad de los sacerdotes que brotan de nuestros monasterios ira ligada a la identidad que se tenga del monje.

¿Sacerdote-Monje, o Monje Sacerdote? La respuesta será dada según la prioridad que se tenga de la vocación. En lo particular creo que la respuesta tendría que ser Monje-Sacerdote ya que, en un orden lógico de ideas, lo que debe atraer a los jóvenes a la vida monacal tiene que ser el deseo de la realización vocacional a través de la espiritualidad monástica.

Ahora bien, si tomamos en cuenta que antes de llegar a la ordenación sacerdotal profesamos nuestros votos monásticos, podríamos preguntarnos sobre cuál espiritualidad enriquece a la otra: ¿La sacerdotal a la monástica, o la monástica a la sacerdotal?

Para san Juan Pablo II el ser humano sólo se puede entender en relación a Cristo, fin último de la vocación⁶³, de aquí la importancia de cuestionarnos sobre nuestra identidad. Si tomamos en cuenta que la espiritualidad monástica es un medio que nos capacita para responder a la pregunta sobre ¿quién soy?, podríamos afirmar que el monje que accede a las órdenes sagradas tendría que hacerlo con una mayor madurez, en cuanto que, como nos dice el Papa Benedicto XVI, la identificación con Cristo nos lleva a dejar de lado el deseo de autorrealización⁶⁴.

Lo anterior adquiere relevancia si consideramos la “crisis” por la que atraviesa el clero de nuestra época, el cual es constantemente señalado por el poco testimonio de ser verdaderamente hombres de Dios, es decir, por la falta de identidad sacerdotal e incluso por la deficiente espiritualidad que reflejan.

Sería demasiado irresponsable de mi parte aseverar que dicho déficit de espiritualidad y de identidad sacerdotal se deba a la falta de vocación de quienes son ordenados. No podemos cerrar los ojos y negar que el trabajo pastoral en la Iglesia se a incrementado en los últimos años. Si bien es cierto que el número de católicos

⁶³ Cfr. JUAN PABLO II, *Homilía en la plaza de la victoria*, Varsovia, Polonia, 2 de junio de 1979.

⁶⁴ Cfr. BENEDICTO XVI, *Homilía en la Santa Misa Crismal*, Basílica Vaticana, Jueves Santo, 5 de abril de 2012.

ha mermado, también es cierto que la cantidad de seminaristas, y no se diga del número de ordenaciones, ha venido a la baja con el paso del tiempo, lo que complica el cumplimiento de las tareas propias de las comunidades parroquiales.

De esta manera, las nuevas generaciones de sacerdotes se ven intrincadas entre su deseo ferviente de servir a la Iglesia y la necesidad de una vida espiritual más profunda. Ésta doble exigencia propicia una división interior que termina por sucumbir al activismo propio de una sociedad relativizada que encuentra su realización e identidad en el mero “hacer”, y no en el “ser” de una vida interior.

Contra lo anterior, el monje que accede a una ordenación sacerdotal cuenta con la base sólida que brinda la *conversatio moroum suorum*, el cual fomenta en la persona la necesidad de alimentar la vida interior a través de la práctica de acciones que protegen la separación del mundo, la vida de oración, la vida comunitaria, la austeridad y la penitencia.

El Monje-Sacerdote, entonces, se convierte en una persona capaz de dar una respuesta clara y consciente al llamado que Dios le hace, haciendo de la experiencia de cada día una oportunidad para ser verdaderos hombres de Dios y colaboradores eficaces de su obra salvadora.

Ahora bien, para S. S. Benedicto XVI es claro que tomar a Cristo como modelo fundamental de toda vocación no es tarea fácil pues, a simple vista, la figura de Cristo aparece demasiado grande para tomarla como medida referencial⁶⁵. Sin embargo, en otro momento, el mismo Pontífice habla de la importancia y necesidad de la práctica de la *Lectio Divina*⁶⁶, ya que es a través de la lectura de la Sagrada Escritura que tenemos acceso a Cristo casto, pobre y obediente.

Dicho acercamiento a Cristo debe llevar al sacerdote a un discernimiento serio que le permita identificar si está viviendo su ministerio de manera plena o si está cayendo en errores, resultado del autoengaño, que lo encaminan hacia una especie de idolatría de la que él es el centro.

Para el monje la práctica de la *Lectio Divina* es fundamental, ya que es a través de la Palabra de Dios que evalúa su vivencia de la fe, de la esperanza y del amor, de tal manera que su práctica sacerdotal tendría que ser llevada a cabo según los criterios de Cristo, Sumo y eterno Sacerdote, es decir, como verdadero Pastor y Esposo de la Iglesia, buscando siempre el bien de los demás antes que sus propios beneficios.

Vemos, pues, la importancia de que el Monje-Sacerdote tenga bien definida su identidad monástica, pues ella lo dota de una claridad que va más allá del simple conocimiento de su persona, llegando a darle una sólida razón sobre el sentido de su existencia que rebaza por mucho el conocimiento intelectual.

⁶⁵ Cfr. BENEDICTO XVI, *Homilía en la Santa Misa Crismal*, Basílica Vaticana, Jueves Santo, 5 de abril de 2012.

⁶⁶ Cfr. BENEDICTO XVI, Exhortación apostólica postsinodal *Verbum Domini*, n. 83. Citada en la celebración de las Vísperas de la Fiesta de la Presentación del Señor, 2 de febrero de 2011.

Lo anterior lo vemos definido en el voto de la *stabilitas* que profesa el monje, el cual lo inserta en una relación estrecha con Dios y con sus hermanos, relación que tiene de fondo el sentido de la fidelidad y de la veracidad encaminadas a una auténtica comunión de fe y amor (casto, sincero e inquebrantable).

De aquí que el Monje-Sacerdote deba plantearse todos los días, con humildad y pureza de corazón, la pregunta sobre el sentido de su vocación sacerdotal, de tal forma que si descubriera en su actuación algún dejo de lejanía del centro de su vida monacal –Cristo– pueda formularse los medios a través de los cuales se inserte en un proceso de purificación y refundación.

Todo esto debería llevarnos a la reflexión sobre el papel formativo de nuestras comunidades monacales, cuestionándonos sobre qué es aquello a lo que le estamos dando mayor valor en las aulas: una seria formación espiritual-monástica (que abarca no solo el ámbito intelectual sino también el aspecto humano), o una simple formación intelectual que se quede en el ámbito de lo racional.

Lo anterior es importante pues, como hemos venido reflexionando, dependerá de los fundamentos que brindemos en los primeros años formativos del monje la forma en que éste asuma su identidad –personal y religiosa– en el mundo; es decir, de lo anterior dependerá si sus dichos y acciones corresponden, o no, a la misión específica a la que se sintió llamado por Dios (Mt 25,14-30).

En este sentido, no hemos de olvidar que el monje es aquél que está llamado a mantenerse en un constante discernimiento sobre la voluntad de Dios y, por ende, en una constante revisión de su vida, de tal forma que la voluntad de Dios y su propia voluntad vayan siempre de la mano. Por lo anterior es que se puede afirmar que la vida del monje es una constante lucha por configurar su vida a la vida de Cristo, requisito indispensable, según lo vimos líneas arriba, para ejercer un auténtico sacerdocio.

De aquí que sea de suma importancia afianzar a los monjes candidatos en su identidad monacal, y que para llegar a la ordenación sea fundamental que dichos candidatos den muestras claras de una verdadera conversión de vida, según lo exige la Regla de los Monjes. Esto con la finalidad de que el Monje-Sacerdote no caiga en el error de un ejercicio pastoral arrebatado por un activismo frenético que lo lleve a una crisis de identidad, o que le sirva como máscara para ocultar una espiritualidad vacía y carente de compromiso; peor aún, que dicho activismo le sirva al monje como pretexto para justificar sus límites e inconsistencias personales.

Así pues, en mi opinión, a los jóvenes que llegan a tocar las puertas de nuestras comunidades no debemos presentarles la ordenación sacerdotal como la “meta a alcanzar”. La meta del monje es, al comienzo y durante toda su vida, la permanencia en su ser monje. Por ello para nosotros la formación permanente no concluye con los votos solemnes o la ordenación sacerdotal. La formación permanente del monje dura toda su vida y está dirigida por el mismo Señor Jesucristo, de tal forma que las experiencias, gratas e ingratas, de todos los días,

sean una oportunidad para ejercer un ministerio vivo, apasionado y preocupado por las necesidades del Pueblo de Dios.

Concluyo esta reflexión con unas líneas que el Papa Benedicto XVI escribió en razón del 150 aniversario del natalicio del santo Cura de Ars:

En la actualidad, como en los tiempos difíciles del Cura de Ars, es preciso que los sacerdotes, con su vida y obras, se distingan por un *vigoroso testimonio evangélico*. Pablo VI ha observado oportunamente: “El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan, o si escucha a los que enseñan, es porque dan testimonio”. Para que no nos quedemos existencialmente vacíos, comprometiendo con ello la eficacia de nuestro ministerio, debemos preguntarnos constantemente: “¿Estamos realmente impregnados por la palabra de Dios? ¿Es ella en verdad el alimento del que vivimos, más que lo que pueda ser el pan y las cosas de este mundo? ¿La conocemos verdaderamente? ¿La amamos? ¿Nos ocupamos interiormente de esta palabra hasta el punto de que realmente deja una impronta en nuestra vida y forma nuestro pensamiento?”. Así como Jesús llamó a los Doce para que estuvieran con Él (cf. Mc 3,14), y sólo después los mandó a predicar, también en nuestros días los sacerdotes están llamados a asimilar el “nuevo estilo de vida” que el Señor Jesús inauguró y que los Apóstoles hicieron suyo⁶⁷.

*San Benito 11, Lago de Guadalupe
54760 Cuautitlán Izcalli, Méx., México*

⁶⁷ Cfr. BENEDICTO XVI, Carta para la convocación de un año sacerdotal con ocasión del 150 aniversario del *dies natalis* del Santo Cura de Ars, 16 de junio de 2009.